

Respuesta a Simón Escoffier

Por Anjuli Fahlberg*

Estoy muy agradecida con Simón Escoffier por su inteligente y detallada reseña de mi libro, y por las preguntas provocadoras e interesantes que plantea. Escoffier inicia con una pregunta importante: ¿hasta qué punto las estrategias del activismo no-violento de Cidade de Deus pueden extrapolarse a otros contextos de marginación urbana? Como señala legítimamente, varios elementos del activismo que observé en Cidade de Deus se pueden encontrar en otros barrios no privilegiados de Latinoamérica. De hecho, me sorprendieron todas las similitudes entre los dos barrios que Escoffier estudió con detenimiento —Lo Hermida y Nuevo Amanecer— y Cidade de Deus. Algunas de las similitudes que más me impresionaron fueron la naturaleza descentralizada de la movilización social en Lo Hermida, la importancia de las redes informales de confianza y el papel central de una identidad territorial para promover metas y tácticas compartidas. Irónicamente, Cidade de Deus también presenta muchas de las políticas clientelistas que encontró Escoffier en Nuevo Amanecer, lo que indica que, mientras que dichos modelos políticos pueden operar en distintos barrios en algunos contextos, también pueden operar en tándem en otras comunidades quizá más grandes.

También he pensado mucho en cómo mis hallazgos en Cidade de Deus podrían extrapolarse a otros espacios urbanos en Latinoamérica, en particular aquellos controlados por pandillas. Desde 2022, he estado inmersa en un nuevo proyecto en El Salvador y Honduras, y he trabajado con un equipo de ocho etnógrafos comunitarios provenientes de barrios controlados por pandillas en ambos países. Nuestro proyecto cubre una gama de preguntas, y una de ellas se refiere a las estrategias de acción colectiva no-violenta en dichos espacios. A partir de los informes etnográficos y de mi trabajo de campo, he encontrado varias similitudes entre Cidade de Deus y esas comunidades. Por ejemplo, los activistas deben “disfrazar” el trabajo que es más explícitamente de lucha —es decir, los intentos por cambiar las políticas públicas y las normas culturales nocivas— y presentarlo como proyectos de desarrollo social, educación e incluso prácticas religiosas, que son más aceptables dentro de la comunidad y menos amenazantes para las pandillas y la policía. Si bien necesitaré realizar investigaciones posteriores para determinar si lo anterior son ejemplos de mi concepto de “suprarreciclaje político” (*political upcycling*), sospecho que el término tendrá sentido en esos espacios también. Los etnógrafos también han notado

* Anjuli Fahlberg es profesora asociada del Departamento de Sociología, Tufts University. 5 The Green, Medford, MA, 02155, Estados Unidos. Tel: 617-627-3561. Correo-e: anjuli.fahlberg@tufts.edu. ORCID: 0000-0002-3713-7145.

Recibido el 5 de junio de 2025 y aceptado para su publicación el 9 de agosto de 2025.

que la mayor parte de la gente que hace ese trabajo son mujeres, o gente que trabaja bajo liderazgo femenino, lo que puede asemejarse a la feminización de la acción no-violenta que describo en *Activism under Fire*.

Pero también observé una importante diferencia entre estas comunidades y Cidade de Deus, y es que muchos de esos barrios son significativamente más pequeños que Cidade de Deus: en algunos casos, sólo hay unos cientos de habitantes, comparados con los más de 60 000 habitantes de Cidade de Deus. Esas comunidades tan pequeñas a veces tienen muy pocas instituciones o servicios sociales, y por lo general no son sitios de movilización social. En otras palabras, no podemos suponer que, porque el activismo de lucha prospere en Cidade de Deus, exista también en todas las demás comunidades desaventajadas. De hecho, como plantea el libro de Escoffier, se deben cumplir varias condiciones para que florezca la acción colectiva organizada, y sospecho que el tamaño —tener un mayor número de habitantes y la alta necesidad de servicios sociales locales— es una de ellas. Sin embargo, las juntas directivas siguen siendo organismos centrales de organización dentro de la mayoría de dichos espacios, lo que indica que siguen existiendo los acuerdos políticos clientelistas como los que describen Escoffier, Javier Auyero y muchos otros, aunque la política de lucha sea limitada.

Un apunte final para responder a esta pregunta es que, aunque estemos apenas en el umbral de la comprensión y la teorización sobre la movilización social en las periferias urbanas, los libros *Activism under Fire* y *Mobilizing at the Urban Margins* ofrecen réplicas necesarias para los robustos estudios sobre la cultura de pobreza y violencia de esas comunidades. Estos libros, junto con varios otros sobre ciudadanía capacidad de organización creativa de los habitantes urbanos no privilegiados, sino también que sigue habiendo mucho trabajo por hacer para entender las estrategias de dichas comunidades que viven en un contexto de obstáculos de varias capas.

Una segunda pregunta que plantea Escoffier es cómo las políticas o los actores externos influyen en el crecimiento o debilitan el activismo de lucha. Escoffier tiene razón al apuntar que la violencia de las pandillas y del Estado crece y decrece, muchas veces en respuesta a las medidas de la otra parte, lo que crea nuevas oportunidades y retos para los activistas. Por ejemplo, Cidade de Deus y muchas otras favelas vivieron una disminución significativa de los homicidios durante el periodo de “pacificación” de 2009 a 2014, cuando las Unidades de Policía Pacificadora (UPP) ocuparon esos territorios, expulsaron a miembros de pandillas y mantuvieron una vigilancia regular en la comunidad. Muchos habitantes de Cidade de Deus recuerdan ese periodo con nostalgia y cuentan que podían salir de su casa, llevar a sus hijos a la escuela o caminar a la parada del autobús sin miedo a que los alcanzara una bala perdida o a que los pandilleros les ofrecieran droga. También fue una época de mayor involucramiento estatal en las favelas a través de su brazo armado y de los órganos de servicios sociales.

Sin embargo, para los activistas, este periodo fue contradictorio. Por un lado, vieron un renovado interés por parte de los organismos gubernamentales de promover el desarrollo social en el territorio, lo cual atrajo servicios sociales, oportunidades educativas y un mayor acceso a los funcionarios públicos. Pero por otro lado, para muchos activistas, la repentina intervención estatal también se vivió como un intento por cooptar un paisaje social vibrante, muchas veces sin consultar a los habitantes ni a los líderes comunitarios sus necesidades, implementando sus propias actividades que competían con las que ofrecían las organizaciones locales, y luego atribuyéndose el crédito por las mejoras, en las que sólo habían tenido un papel menor. En una de las reuniones a las que asistí, los activistas se mostraron ofendidos y enojados porque la UPP Social —la rama social de la UPP— recibió un premio de ONU-Habitat por promover el desarrollo social en zonas urbanas, mientras que los activistas habían hecho un trabajo mucho más significativo por el desarrollo local durante años, sin ninguna visibilidad ni reconocimiento. Además, la presencia cada vez mayor de la policía en el barrio redujo el crimen, pero también aumentó la violación de los derechos humanos.

Aquí también surge la siguiente pregunta: ¿el apoyo externo que recibe el activismo de lucha en lugares como Cidade de Deus puede en realidad reducir la violencia de las pandillas de la droga? La respuesta es sí y no. No en el corto plazo, pero sí en el largo plazo si viene aparejada con políticas efectivas e inversiones sociales más permanentes y colaborativas en la comunidad. La violencia de las pandillas está alimentada por varios factores, como la falta de trabajos bien remunerados para los habitantes de las favelas, una falta de oportunidades educativas y de capacitación laboral, e intervenciones de la policía sumamente agresivas. Si los líderes políticos atacaran estos problemas subyacentes en colaboración con los activistas locales que entienden mejor a su barrio y cómo diseñar intervenciones efectivas, el resultado a largo plazo probablemente sería una reducción del número de miembros de las pandillas y del conflicto violento entre la policía y las pandillas. En lugares como Ciudad Juárez y Medellín, hemos visto que una mezcla de políticas y proyectos de desarrollo social focalizados y efectivos puede ayudar a reducir la violencia de las pandillas, y hay razones para pensar que una mezcla similar de lo anterior también sería efectiva en Rio de Janeiro. Al mismo tiempo, no podemos ignorar el hecho de que las pandillas locales son parte de una cadena de oferta y demanda global, y que mientras siga habiendo demanda por drogas en Estados Unidos, Europa, y muchos otros lugares, la economía ilegal de la droga seguirá existiendo, sembrando el caos de distintas formas en varias comunidades en toda Latinoamérica y otras regiones. Si bien el activismo de lucha puede reducir muchos problemas con cada vez más apoyo de colaboradores externos, sigue estando limitado por las fuerzas globales y locales que luchan contra cualquier cambio real en el *statu quo*.

Una tercera pregunta que plantea Escoffier es si las organizaciones comunitarias

de las favelas pueden desarrollar coaliciones entre barrios para influir en las políticas públicas a nivel urbano o incluso estatal o federal. Una vez más, la respuesta es sí y no. Hemos visto algunos movimientos destacados que florecen gracias a que los líderes de las favelas trabajan en asociación entre comunidades. Algunos periódicos populares, como *Rio on Watch* y *Voz das Comunidades* ayudan a diseminar nuevas historias sobre las favelas, sus necesidades, las formas de violencia estructural y política que enfrentan y sus formas de movilización. Por su parte, organizaciones como Catalytic Communities y #Movimentos ayudan a organizar a los activistas de las favelas entre barrios en torno a la justicia racial, económica y ambiental, y a la violencia policial. Los anteriores son sólo un puñado de grupos que operan más allá de favelas específicas, y otros nuevos surgen con frecuencia y se involucran en el importantísimo trabajo de concientizar sobre asuntos específicos de las favelas, reúnen a los habitantes y presionan para conseguir mejores políticas públicas. Muchos activistas de Cidade de Deus son parte de estos movimientos, ya sea como organizadores o como participantes. Otros activistas locales son parte de partidos políticos progresistas y de coaliciones orientadas a la formulación de políticas públicas que trabajan para mejorar las condiciones más allá de las favelas, con el fin de mejorar la vida de los brasileños de colonias desfavorecidas. Los activistas de las favelas no sólo se organizan dentro y para sus propios barrios, sino que trabajan en coaliciones más amplias y por una vasta gama de temas de justicia social.

Al mismo tiempo, las colaboraciones no siempre resultan en movimientos cohesionados con una agenda política compartida. En muchos casos, los activistas comparten conocimiento e ideas, pero siguen haciendo trabajo organizativo local. Como describo en *Activism under Fire*, las campañas políticas bien organizadas y enfocadas en la justicia para las favelas no sólo son difíciles de sostener en un panorama de clientelismo y violencia, sino que también pueden ser muy peligrosas para los líderes. El asesinato en 2018 de la política progresista Marielle Franco, con fuertes bases en las favelas, fue emblemático respecto a los riesgos de organizarse políticamente a gran escala, sobre todo cuando los líderes se pronuncian contra los actores violentos como la policía y la milicia. La respuesta larga a la pregunta de Escoffier es, por lo tanto, que la colaboración es un rasgo constante entre favelas, pero los retos políticos y de seguridad limitan su capacidad para crear coaliciones y para generar un cambio social. En cambio, la mayoría de los activistas de Cidade de Deus se enfoca en mejorar la vida de la gente que la rodea, al tiempo que sigue intentando que su ciudad, su país y el mundo sean un lugar más justo y equitativo. 